

---

# LA ÚLTIMA ESCALA DEL TRAMP STEAMER

## UNA REESCRITURA MODERNA DE LA TRAGEDIA GRIEGA

---

*Los hombres —pensé— cambian tan poco, siguen siendo tan ellos mismos,  
que solo existe una historia de amor desde el principio de los tiempos,  
repetida al infinito sin perder su terrible sencillez,  
su irremediable desventura*

Mutis, 1999: 150

JUAN CARLOS  
JIMÉNEZ TOBÓN

**E**l amor entre un hombre mayor y una mujer joven es un tópico tan antiguo como la literatura misma. Desde el insigne Menelao, maduro rey de Micenas, y su evidente contraste con la bella y joven Helena en la *Ilíada*, hasta Humbert Humbert, y su amor apasionado por una coqueta preadolescente en *Lolita*, es posible distinguir un patrón que se repite en la literatura de todas las épocas. Pero, no obstante su valor estético, la reiteración de este tema también da cuenta de una circunstancia particular: la historia de amor que sucumbe ante las brechas generacionales.

*La última escala del Tramp Steamer* (1990), del escritor bogotano Álvaro Mutis (1923-2013), hace uso de esta vieja temática, aunque no se agota en ella. Jon Iturri, capitán del barco que da nombre a la novela, y actor principal de la historia que allí se narra, es mucho mayor que Warda Bashur, joven de origen libanés,

dueña del barco, y con quien sostiene una fugaz pero intensa historia de amor. Sin embargo, esta breve obra de Mutis sabe sacudirse del tufo de lugar común para construir una historia que diserta sobre temas tan hondos como la memoria, el destino y las diferencias sociales y culturales.

Dividida en dos partes, la historia de Jon Iturri y Warda Bashur se nos cuenta a partir de lo que va conociendo el narrador-personaje: primero del barco, y luego de lo que ha venido sucediendo en su interior. La primera parte del relato gira en torno a los múltiples azares que llevan al narrador a encontrarse con el Tramp Steamer en los puertos de Helsinki, Punta Arenas, Kingston y el delta del Orinoco. Este narrador-personaje sin nombre nos introduce en una historia en la que el barco se muestra como protagonista, pues funge como una alegoría del estilo de vida errante del narrador mismo.

En la segunda parte de la historia, el narrador conoce por casualidad a Jon Iturri, otrora capitán del *Tramp Steamer*, quien, en un claro ejercicio de catarsis, relata la historia de desamor de la que el marinero ha sido protagonista, y que ha ocurrido al interior del carguero.

Así, en un primer momento se nos presenta la historia por medio de un encadenamiento afortunado de momentos y lugares que tuerce, y juega en verdad, con las nociones de casualidad y destino. No hay otra cosa que pueda explicar la afortunada coincidencia que lleva al narrador a visitar por azar los puertos en los que habrá de encontrar al *Tramp Steamer*, y luego a coincidir en tiempo y lugar con el capitán del mismo barco que ha seguido, como la aguja de una brújula que siempre apunta al norte.

La apuesta de Mutis es arriesgada, pues podría verse en esta afortunada cadena de encuentros algo inverosímil; no obstante, en la representación del destino como una fuerza inevitable y hasta cierto punto perniciosa, el autor consigue introducir en la obra un aura de resignación existencial que deja entrever una lectura alternativa que recuerda a la tragedia griega: “Hay coincidencias que, al violar toda previsión posible”, dice el narrador-personaje, “pueden llegar a ser intolerables porque proponen un mundo donde rigen leyes que ni conocemos ni pertenecen a nuestro orden habitual” (Mutis, 1999: 65). En estas palabras se nota la presencia de la tragedia griega en lo que tiene de más aterrador: la imposibilidad del hombre para oponerse a los designios de los caprichosos hados. Hay una interesante regresión del personaje literario hasta un estado anterior a la literatura misma: el sometimiento del hombre a fuerzas metafísicas que no puede controlar. No podríamos afirmar, no obstante, que la “nouvelle” de Mutis es una obra trágica a pie juntillas, pues el sino orquesta las circunstancias que habrán de unir a los personajes, y en este sentido cumple apenas el papel de arquitecto. Sin embargo, más allá de un juego con el azar, *La última escala* arroja luces en direcciones distintas, y reflexiona sobre temas que atañen al hombre moderno.

## Las vidas cruzadas en el *Tramp Steamer*

En *La última escala del Tramp Steamer* hay un cruce de voces similar al juego de discursos que propone la polifonía. Aunque las voces que se encuentran no establecen necesariamente un conjunto de oposiciones subjetivas, sí relatan, desde puntos focales diversos, una y la misma historia. El *Tramp Steamer* sufre una transformación que lo convierte, de mero conjunto de metales oxidados, en voz, alegoría o prueba manifiesta del deterioro del hombre, del declive de sus fuerzas vitales y de la fragilidad del amor en tiempos modernos. En este ir y venir de voces, es posible leer una reflexión que tiene como tema las diferencias sociales, culturales y generacionales de los personajes, y cómo estos aspectos influyen en la reacción que todos ellos tienen al experimentar un mismo hecho. Las palabras de Hélène Pouliquen, en “El horizonte cultural implícito en *La última escala del Tramp Steamer*”, pueden sintetizar la voz que, al interior de la “nouvelle”, caracteriza a cada personaje:

El vasco (Jon Iturri), pulcro y erguido, juega la carta, finalmente desesperada, de un romanticismo desesperanzado; la libanesa (Warda Bashur), dejando de lado el espejismo de una cultura de “avanzada”, “moderna”, opta por su propia cultura, en una muy interesante posición “tercermundista”, “postmoderna”, “anti-eurocentrista”; el narrador-personaje-espectador, además de dejarse seducir por las dos posiciones anteriores, elabora su propia versión de una posición crítica ante el mundo de la sociedad administrada, la sociedad de los Hilton internacionales, en una muy simpática opción por una cultura de bares y restaurantes populares de puertos [...] (Pouliquen, 1995: 34).

Jon Iturri, entonces, transita por lo que Aleyda Gutiérrez Mavesoy (2009) llama “lúcido escéptico” y “lúcido desesperanzado”. El experimentado capitán del barco lleva una vida de mar de sutil desencanto, que sin embargo le prodiga ciertas tranquilidades y algunas fugaces

alegrías. Es un hombre errante, un viajero, y por lo tanto un individuo que puede conocerse con gran certeza, pues, como escribe Albert Camus en “Amor a la vida”, uno de los breves ensayos que componen su libro *El revés y el derecho*: “El viaje quiebra en nosotros una especie de decorado interior [...] lejos de los nuestros, de nuestra lengua, separados de todos nuestros apoyos, separados de nuestras máscaras [...], nos encontramos por entero en la superficie de nosotros mismos” (Camus, 2013: 59).

Pero el lector conoce al capitán como a un hombre triste y desencantado, y puede suponer que su desesperanza se remonta a un tiempo posterior a la aparición de Warda. De sus viajes y trabajos anteriores solo podemos especular a partir de lo que cuenta él de sí mismo; así, imaginamos a un marinero que solía estar avezado en los azares del viaje, y que parecía dispuesto a empezar de nuevo en cada puerto, como suele decirse de los marineros y sus relaciones amorosas. Por tal razón, la tristeza del capitán que encuentra el narrador-personaje parece estar justificada por la aparición de Warda Bashur.

Warda ha recibido el barco como una reliquia familiar. En él vislumbra la posibilidad de sacudirse de la rígida estructura patriarcal típica de las familias islámicas. Y la libertad económica que el “Alción” (nombre que se da al barco en la obra) le promete, la lleva a buscar un capitán que se encargue de las labores necesarias para su puesta en funcionamiento. Al mismo tiempo, la mujer se regodea en la curiosidad típica de su juventud, en un viaje por Europa que la lleva a experimentar y conocer el mundo occidentalizado. Su relación con Iturri se da siguiendo este mismo interés: una búsqueda juvenil que intenta descubrir experiencias novedosas. Es seguro que en la mujer la búsqueda de novedades se impone a los sentimientos, aunque lo que empieza motivado por la curiosidad desemboca en el amor, o en todo caso, en un cariño que rebasa la mera experimentación vital. Sin embargo, al final de su historia con el capitán, la experiencia vista desde la óptica de la joven termina por revelarse como lo que es realmente: un experimento sociocultural. Warda opta por

su cultura, aunque, contrario a lo que piensa Pouliquen, no es claro que las razones que la llevan a tomar esta decisión puedan ser justificadas desde un punto de vista “tercermundista”, “postmoderno” o “anti-eurocentrista”. Parece, mejor, que el experimento social de Warda se agota en la mera curiosidad, y que la necesidad de romper las cadenas que la oprimen no es otra cosa que una manifestación de esa rebeldía inevitable de la juventud.

“Quedaban los sentimientos que la unían a mí”, le dice Iturri al narrador, mientras resume la carta con la que Warda se despide tras el hundimiento del Alción, casi al final de la novela. Y luego dice: “Estos estaban intactos, pero, a partir de ellos, no había lugar para construir nada, para esperar nada que no fuera una descalabrada experiencia que haría de nuestra relación una madeja de reclamos silenciados, de culpas y frustraciones disfrazadas” (Mutis, 1999: 146). Estas palabras dan cuenta del típico retroceso a que obliga la rebeldía adolescente cuando deja paso a una razón más adulta. La ruptura entre ambos personajes será previsible si pensamos que Warda está en una edad en la que es fácil, y casi necesario, volver constantemente al campo de la experimentación.

Con la aparición de Warda inicia para Iturri la experiencia romántica que terminará por convertirlo en un desesperanzado. La necesidad de posesión definitiva y la pérdida de lo poseído marcan una ruptura espiritual en el marinero, que hasta ese momento se había habituado a tenerlo todo de manera provisional. Pasa de pronto, de hilar amores y juntarlos en el recuerdo como perlas en un collar, a concebir la posibilidad de dar por terminadas sus experiencias en virtud de un único amor. Pero cuando descubre que el amor de Warda es un simulacro más, y que no se distancia mucho de los que ya ha tenido, el hilo del collar se rompe y las perlas van a perderse sin remedio en el fondo del mar. “Jon Iturri en verdad dejó de existir. A la sombra que anda por el mundo con su nombre nada puede afectarle ya” (73); de esta manera dicta el capitán su propia sentencia, y da contexto a la ruptura espiritual de la que hemos venido hablando. En uno de

esos momentos de inconsciencia que causa el amor, estuvo listo para dar fin a su periplo y asentarse en tierra firme, pero lejos estuvo aquello de coincidir con lo que Warda necesitaba. El desencuentro implica que el marinero deja de reconocerse y se busca retrospectivamente en el pasado cercano: “Yo le hablo de una cierta categoría de naufragio en que todo se va al fondo irremediamente. Nada queda. Pero la memoria sigue hilando, incansable, para recordarnos el reino perdido” (67-68). En la vida de Iturri, Warda trae simultáneamente el naufragio y la ilusión de un bote salvavidas, en una paradoja que termina en la tragedia espiritual del capitán.

La historia de Jon Iturri y Warda Bashur se nos da mediada por un narrador-personaje-espectador que, si hiciéramos un ejercicio de analogías, tiene evidentes semejanzas con el capitán del *Tramp Steamer*. Su trabajo en una multinacional petrolera lo obliga al desplazamiento constante, situación que recuerda las palabras de Camus sobre las consecuencias que tiene el viaje en el espíritu del hombre. En su posición de espectador, el narrador incursiona en un campo contemplativo que le permite reflexionar al margen de los acontecimientos pero a partir de la empatía. La historia de Iturri lo toca de manera personal gracias al *Tramp Steamer*, pues la presencia del viejo carguero se da como un aviso de alegrías y tristezas. Además, su visión de poeta le da una sensibilidad estética que raya con el hedonismo, y el barco se muestra ante sus ojos como un símbolo de la humanidad. Por lo tanto, su posición de observador le da la comodidad del vicario que, sumido en la contemplación, vive a través de los otros.

En sentido estricto, en *La última escala del Tramp Steamer* el mundo empieza y termina en la figura del viejo barco carguero que, a ojos vista, se deshace en cada página. El *Tramp Steamer* demuestra merecer su nombre: “Vapor Vagabundo”. Con esa sonoridad casi cacofónica que le agrega la traducción al español, el carguero parece esfumarse un poco más en cada muelle —así como la historia de amor que encierran sus metales oxidados se corroe un poco más en cada viaje—. El barco

pasa rápidamente de ser “locus amenus” a “locus terrible”; de ser lugar idílico a “una especie de testimonio de nuestro destino sobre la tierra” (17). Un destino que no puede ser menos que trágico, pues termina inevitablemente en la muerte de la ilusión y del amor.

## Una reescritura moderna de la tragedia griega

Al final, Álvaro Mutis consigue una reescritura de la clásica tragedia griega desde un punto de vista moderno. A partir de un tópico tan antiguo como la literatura misma: el amor entre un hombre mayor y una mujer joven, formula una reflexión alrededor del destino, la nostalgia, el amor y las particularidades sociales y culturales que llevan al hombre a tomar sus decisiones. En esta “nouvelle” del escritor bogotano hay una forma del existencialismo moderno, y también un tono que recuerda el romanticismo decimonónico. Pero la cohesión efectiva de la obra se da a partir de la idea del destino como una fuerza contra la cual es inútil luchar. De manera que podemos aceptar la conclusión del narrador cuando deja ver, tras relatarnos la historia de Jon Iturri y Warda Bashur, que la misma historia de amor se ha venido repitiendo, con muy pocas variantes, a lo largo de la historia de la humanidad; pues el hombre es un ser inmutable, y poco o nada ha cambiado en él desde el principio de los tiempos. ■

---

Juan Carlos Jiménez Tobón (Colombia)

Filólogo hispanista de la Universidad de Antioquia. Estudiante de maestría en literatura en la misma universidad. Finalista de los Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia 2015, en la modalidad “Ensayo en crítica de arte y cultura”. Se desempeña como corrector de estilo para publicaciones de tipo cultural como la revista *Código*, del Museo Universidad de Antioquia, y la revista *Etnia: Identidad y diversidad cultural*. Es docente en las áreas de Análisis textual y Competencia lectora.

### Referencias

- Camus, Albert (2013). *El revés y el derecho*. En: *Obras completas*, vol. 1. Madrid: Alianza.
- Gutiérrez Mavesoy, Aleyda (2009). “Tres destinos, tres salidas a la modernidad en *La última escala del Tramp Steamer*, de Álvaro Mutis”. En *Hojas Universitarias* N.º 61. Universidad Central. Bogotá, abril de 2009.
- Mutis, Álvaro (1999). *La última escala del Tramp Steamer*. Madrid: Espasa.
- Pouliquen, Hélène (1995). “El horizonte cultural implícito en *La última escala del Tramp Steamer* de Álvaro Mutis”. En: IX Congreso de la Asociación de Colombianistas. Universidad de los Andes, Bogotá, julio 26-29 de 1995.